

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION



BIBLIOTECA MUNICIPAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SETIEMBRE. N.º 39. GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION PARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzgamos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya, en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

De esclavo a rey, por A. Pirala.—A la luna, poesía, por A. Arcos y Molinero.—Isabel por M. C.—Buscando a Dios, poesía, por M. de la R.—Variedades, por X.

DE ESCLAVO A REY.

(CONTINUACION.)

Bellísimas facciones adornaban a José, sus cabellos como el oro pendían en graciosos rizos por la espalda, su mirar interesante, su hablar dulce, y su gallardía sin vana ostentación, eran prendas que hacían se le mirase con admirable respeto. Pero cuantas asechanzas no tiene la verdadera virtud! La muger de Putifart fijó sus ojos en él, y no perdonaba medio alguno para llamar su atención; todo era en vano, su virtud resistía con valor y prudencia las falaces miradas de la esposa, y más que sus halagos, apreciaba el honor de su amo y el suyo.

Viendo ella que era inútil cuanto hacía para vencer la virtud de José, que se mostraba impávido en medio de la tempestad que le

amenazaba; recurrió a la violencia para conseguir lo que no pudo con dulzura, y fué inútil también. Al ver el mal éxito de sus proyectos, se desesperó, y lo que antes era amor, se convirtió en odio implacable. Tomó una prenda de José y presentose con ella a su marido, acusando al inocente de un delito de que solo ella era culpable: le pidió vengase el desacato, y no necesitó más Putifart para mandarle encerrar en un calabozo.

Cargáronle de cadenas, le sugetaron los piés con grillos, y aquella alma virtuosa fué mártir de la pureza del corazón.

No le abandonaba Dios un instante; antes daba fuerza a su espíritu, y sufría con resignación su triste estado. Su alma llena de sabiduría estaba libre, porque no pueden los hombres aprisionarla; y ella volaba por el mundo, veía a Dios, y era feliz.

En la misma prisión de José, había dos oficiales del palacio Pharaón rey de Egipto, y estando un día conversando le contaron unos sueños originales que habían visto: los decifró vaticinando a uno la muerte, y al otro que volvería a la gracia del rey.

Llegaron los cumpleaños de este, y como era costumbre, hacía justicia general a sus vasallos: con respecto a los dos presos en compañía de José, sucedió la interpretación que este dió á

sus sueños; pues á uno le dieron muerte como á J. C. colgándole en una cruz, y el otro volvió á palacio.

En tanto seguía José en la prision perdiendo sus juveniles años en la esclavitud; mas él no se desanimaba: era inocente, y tarde, ó temprano se haría justicia para que brillase con todo esplendor su virtud.

Cuando mas tranquilo estaba entró un oficial de Pharaon á decirle de parte del monarca que fuese á su presencia.

Llegó, y al verle le dijo:

—Hebreo: hé sabido que interpretas los sueños; yo he soñado, y todos los sabios y adivinos de mi reino no me lo decifran: te le contaré, y si tú tienes mas talento que ellos, gozarás mi gracia y serás feliz.

Y empezó Pharaon: «Me parecia estar en la ribera del caudaloso Nilo: ví siete vacas de gruesas carnes, y hermosas, signiéndolas en pos otras siete feas, y flacas, luego ví siete espigas llenas de granos que brotaban de una sola caña, y otras siete delgadas, y picadas de tizon; las cuales se tragaron la lozanía de las primeras.»

A lo que respondió José. —No soy yo, sino el Dios de Abraham quien declara tu sueño; y me dice: que las siete vacas hermosas, y las siete espigas llenas, indican siete años de abundancia que habrá en el mundo, y otros tantos tan estériles que se agotará todo, y el hambre será universal.

Quedóse atónito Pharaon, le preguntó si no habria remedio para librar del hambre á su reino, y le dijo: que sí, si le proveía de un gobernador sábio é industrioso.

Viendo entonces que José habia sido el único que le interpretó el sueño, dudó encontrar quien le desempeñase el cargo que exigía la situacion del reino, y se le confirió á él; prendado tambien de la admiracion que causaba su aspecto, le entregó todas las insignias reales, y hasta le puso el anillo.

Mandó Pharaon que en adelante no llamáran á José, sino el *Salvador del mundo*; que doblasen la rodilla en su presencia; y por último le dió por muger á Aseneth, hija de Putifaré, jóven la mas hermosa que moraba en Heliópolis, ciudad del sol.

La inocencia triunfó: desde la mas onda esclavitud, subió á ocupar el primer puesto, despues del rey, lugar conquistado en premio de su virtud.

Llegaron los siete años de abundancia que fué extraordinaria; José almacenó multitud de granos y frutos, sin permitir se esportasen ningunos fuera del reino; y con tan prudentes medidas no temió la época de esterilidad, que llegó

como lo habia anunciado. Todo el mundo menos Egipto, se hallaba abrumado con el hambre mas espantosa, y de todas partes acudian á él para que les vendiera el sustento indispensable: iban á Pharaon, y les decia: mi sábio gobernador es el rey; y descansaba entre las dulzuras y bendiciones de sus súbditos, ¡Cuánto vale un buen vasallo!

III.

PAGAR CON FAVOR LOS DAÑOS.

Jacob continuaba en compañía de sus once hijos; y tambien en su tierra se sintió el hambre.

Al ver que todos iban á Egipto á comprar granos, les envió al mismo objeto, quedándose á su lado Benjamin, por ser el mas pequeño. —Antes de partir oremos á Dios, dijeron todos, por que sea próspero nuestro viaje, é inclinados de rodillas prorrumpieron: —Glorioso Dios de Abraham, yo te bendigo! Perdónanos nuestras culpas y enséñanos el camino de la gloria, que si es espinoso, iremos descalzos; si de precipicios, solo nos valdremos de tu ayuda, por que sin ella no somos nadie, ampáranos, protéjenos, que todos te adoramos y alabamos, ¡oh Dios de Abraham!

Llegaron á Egipto, presentáronse á José, y no le conocieron, si bien ellos lo fueron en breve. Humilláronse en su presencia, y le adoraron. Entonces vió cumplido su sueño. Antes de despacharles el trigo notó que faltaba un hermano, y creyendo si habrian hecho lo que con él, empezó á interrogarles, por que no queria darse á conocer, si vivia su padre. No quedó persuadido con las razones que alegaron, y despues de afijirlos, y ponerles en situacion apurada, dió orden para que atasen á Simeon el peor de ellos, y quedara en la cárcel hasta que volviesen los demás con Benjamin. Llenáronles en seguida los costales de grano, y pusieron á la boca de cada uno el dinero que pagaban: les dió además víveres para el camino, y despidióles afable.

Contaron á su padre cuanto les habia sucedido, y el padre lloró por Simeon á quien no creia volver á ver.

Continuará,

A. PIRALA.

A LA LUNA.

Faro esplendente de fulgor divino,
lámpara eterna de la oscura noche
astro de luz, que en el inmenso cielo
nítido brillas:

Hija del sol que la mansion serena
mides vagando en tu callado giro,
siendo en las horas de misterio y
reina del cielo.

Broche fulgente del ceruleo manto
que ostenta ufana la callada noche,
cándida luna, que al mortal envías
plácido sueño.

Tú, que en tu níveo y refulgente trono
rápidas cuentas las veloces horas,
lanzando al suelo con tus blancos rayos
dulce reposo.

Tú, á quien la flor su perfumado aliento,
rompiendo el éter azulado, eleva,
al recibir de tu nevado labio
púdico beso.

Tú, que la frente nacarada inclinas
del ancho mar en los cristales puros,
como veldad que su belleza mira
sobre las ondas.

Dime ¿Quién puso tu luciente disco
de pura nieve en el oscuro espacio,

y dió su luz al luminar, que amante,
vida te presta?

¿Quién dió su fuego á los brillantes astros
que altiva riges en el alto cielo,
cual si su humilde adoracion rindieran
bajo tu solio?

Y ¿quién, en fin, tu diamantina frente
con firme mano en las esferas guía,
y dió su aroma á las purpúreas flores
que te saludan?

Mas... ¡ay! que nunca de mi voz escuchas
el triste acento, ni mi anhelo calmas,
y huyes esquivo de mi ansioso ruego
siempre callada....

Jamás respondes; pero siempre adoro
á un alto Sér, que sobre el mundo impera.
á un Dios supremo, cuyo excelso trono
plácida besas.

A un Sér eterno, que mi ruego escucha,
y tú, alta luna, con amor proclamas,
aunque mi voz desoyes, y su acento
llevan las auras.

ANGEL ARCOS Y MOLINERO.

Composicion leida por su autor en la Academia de la
Juventud Católica de Granada.

ISABEL.

(CONTINUACION.)

—¿Y por qué no hoy, madre mía?

—Ah, sí! replicó Fedora lanzándose impetuosamente hacia ella, todos los días!

Inclinó Isabel la cabeza delante de sus padres, que con las manos unidas, los ojos elevados al cielo, la voz temblorosa, pronunciaron juntos una bendición que Dios debió escuchar. A algunos pasos de distancia oraba también el misionero: era la virtud que rogaba por la inocencia. Ah! si el cielo no hubiese escuchado semejantes votos, ¿cuáles serían los que tendrían este derecho?

Estaban á fines de Mayo, época del año que entre el crepúsculo de la tarde y el amanecer, apenas hay dos horas: Isabel las empleó en hacer los preparativos de su partida; puso en un saco de piel de reno su calzado y un vestido de viaje; hacia un año que trabajaba por las noches sin saberlo su madre en estos preparativos, y desde el mismo tiempo, poco mas o menos, separaba de su comida algunas frutas secas y un poco de harina á fin de retardar en cuanto le fuese posible el recurrir á la caridad de los demás, sin verse obligada al partir á llevar nada de su casa, llevaba consigo lo puramente indispensable. Ocho ó diez kapecks formaban todo su tesoro; era el solo dinero y la única riqueza que poseía en la tierra y con el cual iba á hacer un viaje de mas de ochocientas leguas.

—Padre mio, dijo al misionero abriendo suavemente la puerta: partamos mientras que duermen mis padres; no los despertemos; llorarán mucho; están tranquilos por que creen que no podemos salir sino por su cuarto; pero la ventana de este gabinete no es muy alta; saltaré fácilmente y es ayudaré despues para que bajéis sin haceros daño.

Prestóse fácilmente el misionero á esta piadosa estratagema que ahorra una despedida tan dolorosa á tres desgraciados. Cuando estuvo en el bosque con Isabel, colocó su equipaje sobre su espalda, anduvo algunos pasos para alejarse, pero volviendo de vez en cuando la cabeza hacia la cabaña que abandonaba, sus sollozos la ahogaban, y se precipitó anegada en llanto de-

lante de la puerta del cuarto donde dormían sus padres:

—¡Dios mio! exclamó, velad sobre ellos, protegédlos, conservádmelos y no permitais que vuelva jamás á este país sino vuelvo á encontrarlos,

Entonces se levantó, volviéndose, y vió á su padre en pié detrás de ella.

—¡Oh padre mio! sois vos? por qué, por qué habeis venido aquí?

—Para verte, abrazarte y bendecirte otra vez, para decirte: Isabel mia, si durante los días de tu infancia ha pasado alguno sin mostrarte mi ternura, si una sola vez he hecho correr tus lágrimas, si una mirada, si una palabra severa ha affigido tu corazón, antes de alejarte perdona, perdona á tu anciano padre, á fin de que si está destinado á no volverte á ver mas, pueda morir en paz.

—¡Ah! no digais eso, no digais eso; interrumpió Isabel.

—Y tu pobre madre, cuando se despierte ¿que la diré? ¿Qué la responderé cuando me pregunte por su hija? Te buscará en este bosque, en las márgenes de este lago; la seguiré por todas partes llorando y llamando con ella á nuestra hija, que no responderá.

Al pronunciar estas palabras, apoyóse Isabel medio desmayada contra la pared de la cabaña. Su padre vió que la habia conmovido demasiado, y echóse en cara su debilidad.

—Hija mia, la dijo con una voz tranquila, ámate: yo lo haré tambien: te prometo no desconsolar á tu madre, sino fortificarla contra el dolor que experimentará por tu partida; prometo volvértela cuando regreses aquí. Sí, hija mia, corone ó no un buen éxito tu piadoso viaje, no morirán tus padres sin haberte vuelto á ver. Entonces dijo al misionero, quien con los ojos bajos y un profundo enternecimiento, permanecía retirado á alguna distancia de esta escena de aflicción.

—Padre mio, os entrego un bien que no tiene igual; es mas que mi sangre, mas que mi vida; os la confío enteramente: partir juntos: millones de ángeles velarán en derredor suyo y de vos; para defenderla. las potencias celestes se armarán, y este polvo que en un tiempo fué el cuerpo de sus abuelos se reanimará, y Dios que es Todo poderoso y es tambien padre de mi Isabel, no permitirá que perezca.

La jóven sin mirar á su padre aplicó una mano á sus ojos, dió la otra al misionero y se alejó con él. En aquel momento, la aurora comenzaba á alumbrar la cima de los negros pinos, pero todo reposaba aun. Ni una ráfaga de viento empujaba la tersa superficie del lago, ni agitaba las hojas

de los árboles; las del abedul no se movían siquiera, los pájaros no cantaban y no se oía el mas leve rumor. Hubiérase dicho que la naturaleza entera se mantenía en un respetuoso silencio, á fin de que la voz de un padre que al través de un bosque se despedía de su hija, fuese el último sonido que pudiera percibir.

He tratado de referir los dolores del padre: pero los de la madre no los describiré. ¿Cómo podría describirse á aquella desgraciada, que despertándose al grito de su esposo, corrió hácia él, y mirando en su actitud desconsoladora que su hija había partido, cae presa de mudas congojas, que eran al parecer los últimos momentos de su vida? En vano su esposo la recordó todas las desgracias del destierro: la exhortó á que se tranquilizase: no oía ya la voz de su esposo; el amor mismo había perdido su fuerza, y no tenía influencia sobre su corazón: tan cierto es que los dolores en una madre son superiores á todos los consuelos humanos, y no pueden ser calmados con nada de este mundo. Así Dios solo se ha reservado el poder de dulcificarlos; y si se los dá en herencia al sexo mas débil, es porque le ha hecho el mas tierno y el mas capaz de poder amar la mano que lo hiere, y creer solo en la esperanza que consuela.

Pusiéronse en camino Isabel y su guía, el 18 de Mayo; emplearon un mes entero en atravesar los húmedos bosques de la Siberia, sujetos en esta estación á inundaciones terribles. Algunas veces, los aldeanos tártaros les permitían, por una retribucion módica, subir en sus carretas; y todas las noches dormían en cabañas tan miserables, que era preciso la costumbre que Isabel tenía de vivir en la pobreza para poder disfrutar de algun reposo. Acostábase vestida sobre un mal colchon, en un cuarto lleno de un olor de humo de aguardiente y de tabaco, donde el viento soplaba muchas veces á través de las ventanas pegadas con papel, y en donde para complemento del malestar, dormían mezclados el padre, la madre, los hijos, y algunas veces una parte del ganado, con la familia. A cuarenta verstas de Trouncin se pasa por un bosque, en el que ciertas columnas, indicaban los límites del gobierno de Tobolsk: notólas Isabel: abandonaba la tierra del destierro, y parecíola que dejaba por segunda vez á sus padres.

—Ah! dijo, ¡cuán lejos estoy de ellos al presente!

Esta reflexion la repitió cuando puso el pié en Europa. El hallarse en otra parte del mundo la presentaba la imagen de una distancia que la espantaba mas que el camino que acababa de andar: dejaba en Asia sus únicos protectores, los

solos seres en la tierra sobre los que tenía derechos, y los únicos, cuyo cariño era constante. ¿Y qué encontraría en esta Europa tan célebre por sus luces, en aquella corte imperial donde afluyen las riquezas y los talentos? ¿Encontraría un corazón que se enterneciese de su miseria, se condoliese de su debilidad, y cuya proteccion pudiese implorar? Sin duda, al pensar de esta manera, recordaba un nombre, ¡Si tuviese esperanza de encontrarle en San Petersburgo!... Pero no estaba. La orden del emperador le había mandado fuese á reunirse al ejército de la Livonia, y no se encontraría en esa Europa que no estaba habitada, á su parecer, sino por él, porque era la única persona que en ella conocía. Entonces su único recurso era el padre Pablo. Un hombre que había pasado sesenta años prodigando beneficios, debía, segun Isabel, disfrutar de gran crédito en la corte de los reyes.

De Permax á Tobolsk, hay novecientas verstas, fértiles y bien cultivadas; encuéntranse con frecuencia ricos y grandes pueblos rusos y tártaros, cuyos habitantes parecen tan felices, que es difícil creer que respiran el aire de la Siberia: hay algunas posadas, adornadas con hermosos cuadros, mesas, tapices y muchos muebles de lujo, que siendo desconocidos á Isabel los admiraba, con gran sencillez.

Sin embargo, la ciudad de Perma, aunque era la mas populosa que había visto hasta entonces, la entristeció por sus calles estrechas y sucias; la elevacion de sus edificios y la extraña mezcla de palacios y de cabañas, y el aire fétido que se respiraba en ellas, la hacían sumamente desagradable. Perma está rodeada de pantanos, y hasta Kasau, el país está cortado por llanuras estériles y bosques de negros pinos, que ofrecen el aspecto mas triste del mundo. En la estación de las tempestades, el rayo cae frecuentemente sobre viejos árboles que incendia con rapidéz, y que parecen entonces columnas de fuego. Muchas veces Isabel y su guía presenciaron estas escenas. Precisados á atravesar estos bosques que ardían por ambos lados del camino, ya veían árboles consumidos por su base sostener con solo su corteza su cima, que el faego no había alcanzado todavia, ó medio derribados, formar como un arco de fuego en medio del camino ó en fin, cayendo con estruendo, amontonarse pirámides de fuego unas sobre otras, semejantes á aquellas hogueras antiguas, en las que la piedad pagana recogía la ceniza de los héroes. Apesar de estos peligros, y de los mas inminentes quizá, del paso de rios desbordados, Isabel no se quejaba, y aun creía que se la había exagerado las dificultades del viaje. Es verdad que el tiem-

po era hermoso, y que no iba siempre á pié, porque encontraban muchas veces á lo largo del camino carretas vacías, que volvían de conducir desterrados de Siberia; por algunos kopeks nuestros viajeros obtenían de los conductores el permiso de subir en sus carros; Isabel aceptaba sin humillarse los socorros del buen padre, porque recibéndolos de él, creía recibirlos del cielo.

Habiendo llegado á las márgenes del Kausa, hacía los primeros días de Setiembre, nuestros viajeros estaban á doscientas verstas de Kasau; tenían andada casi la mitad del camino. Ah! si el cielo hubiese permitido que Isabel lo acabase de la misma manera que lo había empezado, hubiera creído haber pagado muy efímeramente la felicidad de ser útil á sus padres; pero iba á cambiar todo, y con la mala estación se aproximaba el momento en que debía ejercitar su valor, hacer brillar sus virtudes, y poner la corona de la vida inmortal sobre la cabeza del justo.

Hacia muchos días que el misionero se debilitaba visiblemente; caminaba con mucho trabajo, y aunque se apoyaba sobre su bastón y en el brazo de Isabel, tenía que descansar muchos ratos. Si subía á un kibick, el camino lleno de gruesas piedras, colocadas sobre pantanos, le producía sacudimientos horribles que agotaban sus últimas fuerzas, sin poder disminuir su valor. Al llegar á Sarapoul, pueblo grande á la orilla derecha del Kausa, sufrió el buen religioso un desfallecimiento tan extraordinario, que no pudo pasar mas adelante.

Recogiéronse en una mala cabaña, cerca de la casa de Oupraoitet, que cuida de los bienes de la corona en el territorio de Sarapoul. El único cuarto que se les pudo dar era una especie de desván muy alto, con un piso que á cada paso temblaba; ventanas sin marcos para cerrarlas; ni una silla, ni un banco, y por muebles una mesa y un lecho de madera vacío; echaron allí una poca de paja, y el misionero se acostó en él. El viento que entraba por la ventana era tan frío, que hubiera bastado para quitar el sueño al enfermo, si no se le hubiesen quitado sus dolores.

Funestas ideas empezaban á inquietar á Isabel. Pidió un médico. No había ninguno en Sarapoul; y como vió que las gente de la casa no adoptaban partido alguno respecto del enfermo, tuvo que limitarse ella sola á velar por él. Tapó la ventana con un pedazo viejo de tapicería que pendía de la pared, fué á coger á los campos regaliza, guisantes silvestres y rosas de Gueldres; y despues mezclándolo todo, como lo había visto hacer á su madre, con las hojas de cotyledónea espinosa, hizo de todo una bebida saludable, y se la dió al pobre religioso. A medida que la

noche se aproximaba, se empeoraba visiblemente, y la desgraciada Isabel no podía detener sus lágrimas. Alejabase algunas veces para contener sus sollozos; oíalos desde el fondo del desván el buen padre, y lloraba porque no podía aliviar su dolor; porque conocía que no se levantaría mas, y que para él había acabado todo en la tierra. Ah! no se teme la muerte cuando se ha empleado sesenta años en trabajar por Dios! Témesese sí, cuando todavia le queda al hombre mucho bien que hacer en el mundo.

—Dios mio, decía en voz baja; no murmuro contra tu santa voluntad; pero me parece que hubiera muerto mas tranquilo si hubiese acompañado hasta el fin de su viaje á esa pobre huerfana.

Habia encendido Isabel una antorcha de resina, y permaneció toda la noche velando al enfermo. Algunos momentos antes de amanecer, aproximóse á él para darle de beber; pero previendo el misionero que dentro de poco no podría hablar, incorporóse en su lecho, tomó el vaso de manos de la jóven, y levantando sus ojos hacia el cielo, dijo:

—Dios mio, la pongo bajo la proteccion del que ha dicho que un vaso de agua ofrecido en su nombre no seria un beneficio perdido.

Revelaron estas palabras á Isabel toda la evidencia de una desgracia que hasta entonces se había esforzado en no creer; vió que el religioso conocía que iba á morir; comprendió que lo perdía todo, y su corazón se comprimio; cayó de rodillas delante del lecho, cubierta su frente de un sudor frío, y ahogada por los suspiros y sollozos:

—Dios mio, compadeceos de ella: compadece, repetía el misionero, mirándola con una profunda compasion.

Al ver que la violencia de su dolor se aumentaba, la dijo:

—En el nombre del cielo y de vuestro padre tranquilizaos y escuchadme.

Estremecióse Isabel; contuvo sus sollozos; limpió sus lágrimas, y fijos sus ojos en el religioso, esperó con respeto á que hablase: apoyóse contra la madera que servía de respaldo á su lecho, y recogiendo sus fuerzas, habló de esta manera:

—Hija mia, á muchos trabajos os vais á ver espuesta viajando sola, á vuestra edad, y en una estación tan mala; sin embargo, no existe en ello el menor peligro; la corte los ofrece mucho mayores; un valor comun puede luchar con el infortunio, pero cede á la seducción; pero el vuestro no es comun, y la estancia en la corte no os cambiará. Si algunos malvados (y encontrareis muchos) quisiesen abusar de vuestra si-

tuacion y de vuestra pobreza para separaros de la virtud, no creais sus vanas promesas, y despreciad sus riquezas vanas. No cambies jamás, por apurada que os encontréis, estos bienes por ninguno otro que pudieran ofreceros, y acordaos siempre que una sola falta produciria la muerte á aquellos á quienes debeis la vida.

—Ah! padre mio! interrumpió; no temais....

—No temo nada, dijo: vuestra piedad y vuestra adhesion, me merecen una confianza ilimitada, y estoy plenamente convencido que no sucumbireis en la terrible prueba á que Dios os somete. Además, tomad de mis vestidos la bolsa que el generoso gobernador de Tobolsk me dió al recomendaros á mí: guardad secreto acerca de esto, porque podrá costarle la vida.... Este dinero os conducirá hasta Petersburgo. Id á casa del patriarca; habladle del padre Pablo, quizá no me haya olvidado; os dará un asilo en un convento de monjas, y presentará él mismo, sin duda, vuestra peticion al emperador. Es imposible que la deseche.... En mis últimos momentos puedo deciros que vuestra virtud es grande, pocas veces se ve otra igual en el mundo, conmovirá y será recompensada en la tierra, y despues en el cielo....

Detúvose; su respiracion era dificultosa; un sudor frio corría por su frente. Isabel con la cabeza inclinada sobre el lecho lloraba en silencio. Despues de una larga pausa, quitóse el misionero un pequeño crucifijo de ébano que llevaba colgado al pecho, y dándoselo á Isabel, con una voz debilitada, la dijo:

—Tomadle, hija mia; es el único bien que puedo daros, el único que he poseído en la tierra; con él jamás me ha faltado nada.

Estrechóle contra sus lábios con un vivo trasporte de dolor, porque el abandono de tal bien la probaba que el misionero tenia muy pocos momentos que vivir.

—Pobre oveja abandonada! añadió con compasion; nada temas, porque el buen pastor velará por tí; si te quita un apoyo, te dará mas de lo que te quita; fia en su bondad. El que proporciona alimento á los pajarillos, y que sabe cuantas arenas tiene el mar, no olvidará á Isabel.

—Padremio! padremio! gritó Isabel estrechando la mano que él la tendia; no puedo resignarme á perderos....

—Hija mia, Dios lo ordena, respondió; sométe á sus decretos; calma tu dolor; dentro de muy pocos instantes estaré á los piés de su trono, y allí rogaré por tí y por tus padres....

No pudo acabar: sus labios se movian todavia; pero no se entendian sus palabras; cayó sobre la paja, fijos sus ojos en el cielo; sus últimas fuer-

zas se emplearon en rogar á Dios por la afligida huérfana; parecia que aún muerto rezaba por ella: tal era la gran costumbre que tenia de ser caritativo: cuántas veces en su larga vida habia olvidado sus intereses por cuidar de los ajenos. En el terrible momento de comparecer ante el Soberano Juez, y caer para siempre en los abismos de la eternidad, no pensaba en sí, sino en Isabel.

Los gritos de ésta atrajeron mucha gente: la preguntaron que queria, y mostró á su protector muerto; al rumor de este suceso, el cuarto se llenó de gente: iban unos á ver lo que pasaba con una estúpida curiosidad: otros se admiraban que llorase por aquel monje muerto; y otros en fin, la compadecian. Pero los dueños de la posada solo pensaron en cobrar los gastos de los miserables alimentos que les habian dado; encontraron con placer en la ropa del misionero la bolsa que Isabel habia dejado olvidada; dijéronla que le volverian el resto cuando hubiesen cobrado los gastos del entierro y los que habian hecho.

Bien pronto llegaron los sacerdotes con sus cirios y acompañamiento, y cubrieron el cadáver con un gran paño. Isabel entonces exhaló un grito doloroso. Obligada á abandonar la mano fria de su guía que siempre habia estrechado, despidiése por última vez de aquel venerable sacerdote, cuyo rostro parecia iluminado de una serenidad divina, y se puso de rodillas en el rincon mas oscuro del cuarto.

Allí, anegada en llanto, cubierta la cabeza con un pañuelo, como para ocultarse de aquel mundo desierto, que iba á atravesar sola, exclamaba con una voz ahogada:

—¡Oh! alma bienaventurada, no abandones á esta pobre solitaria! ¡Oh! padre y madre mia! ¿que haceis ahora que carece de todo vuestro apoyo la hija de vuestro amor?

Empezaron algunos cantos fúnebres: colocaron el cuerpo en el atahud, y cuando llegó el momento de llevárselo, Isabel, aunque débil, convulsiva y desesperada, quiso acompañar hasta su última morada á aquel que la habia socorrido, fortificado, y que habia muerto rogando por ella.

(Continuara.)

M. C.

BUSCANDO A DIOS.

Yo te busqué, Señor, en las alturas
De la áspera montaña,
Y en la vasta extension de las llanuras
Que el sol ardiente baña.
Yo te busqué, del férvido oceano
En el profundo seno,
Y de tu nombre pregunté el arcano
Al estridente trueno.
Y hasta la inmensa bóveda del cielo,
De estrelas tachonada,
Alcé, pidiendo celestial consuelo,
Mi lánguida mirada.
Todo en vano: á mis ojos te ocultabas
Y hallarte no podía:
¡Yo te buacaba fuera, y habitabas
En la conciencia mia!

M. de la R.

VARIEDADES.

Respondiendo de su veracidad, un periódico de París publica lo que sigue:

«En el ángulo del portal de una casa, estaba sentada una muger de treinta años, teniendo á su lado un niño de cuatro ó cinco, y delante un cesto de ramilletes, que ofrecia á los transeuntes. Por desgracia sus ramos, hechos sin gusto, no parecian tener facil salida. Así á pesar de los ofrecimientos que hacia á los que pasaban, el número de ramos no disminuia, y la pobre tenia un aire muy afligido. En cuanto al niño, des- preocupado como se está á sus años, charlaba sin notar el pesar de su madre.

A cosa de las once de la mañana, un caballero, que daba el brazo á una encantadora jóven de diez y ocho años, se paró ante la vendedora y se puso á escoger flores; pero no habiendo encontrado ninguna á se gusto, los echó en el cesto y prosiguió su camino sin observar dos lágrimas que asomaban á los ojos de la ramilletera.

Mientras tanto, la jóven, cuyo cutis sonrosado, la cabellera con reflejos de bronce florentino y el gracioso sombrero de viaje, denotaban un origen británico, conmovida por la muda desesperacion de la vendedora, sacó furtivamente de su bolsillo un papelito, lo dejó caer sobre el alegre chiquitin y siguió á su caballero, que era su padre.

—Toma, mamá, ¿qué es esto? preguntó al momento el niño á la madre, enseñándole el papel que acaba de desdoblar.

—¿Donde has encontrado ese papel? exclamó la ramilletera no poco sorprendida, reconociendo que era un billete de 50 francos.

—Esa señorita la ha dejado caer.

Y la mujer corrió detras de la jóven para devolverla el billete; pero esta, fingiendo no comprender lo que significaba, la rechazaba y queria seguir su camino: el caballero, habiendo oido las explicaciones de la ramilletera, tomó el billete y sacó su cartera para guardarlo.

La jóven, viendo á la infeliz muger á pique de perder su ofrenda, dirigió á su padre una mirada suplicante y le dijo algunas palabras á media voz: pero él, con esa impasibilidad que caracteriza á sus compatriotas, se guardó el billete de 50 francos; luego sacando uno de 500, dijo dándole a la ramilletera: «Mi hija os ha dado 50 francos porque sois pobre: yo os doy 500 porque sois honrada. Que Dios os proteja, buena mujer.»

X.

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.